PALABRAS DE DON MANUEL ALCALA ANAYA EN LA CEREMONIA DE CLAUSURA DEL COLOQUIO

He venido aquí después de 25 años de no gozar de la cordial y tradicional hospitalidad de Lima. He venido, a la par, con las manos vacías. Llenas de los parabienes de nuestra corporación y de todos y cada uno de los académicos mexicanos. Nuestra enhorabuena, pues, por este primer siglo de vida rica y fecunda de esta ilustre Academia. No podría haber sido y ser de otro modo. Desde su fundación por el tesorero empeño y visión de Ricardo Palma; en el correr de los años, por el amor de nuestra lengua y la sabiduría de los innúmeros académicos que han honrado esta casa. Ya en nuestros días por ustedes que nos han dado de mano la rica herencia secular. Herencia que a su vez vienen legando y legarán a futuros académicos. Cuán verdadero, en esta memorable conmemoración, se me muestra el hexámetro de Lucrecio:

"Quasi cursores lampada vitae tradunt". Sí, como corredores pasan la lámpara de la vida.

Que los relevos se sucedan, sabios, brillantes, movidos por el común amor que todos profesamos a nuestra lengua. Así será verdad lo del alejandrino de Malherbe:

"Et les fruits passeront la promesse des fleurs"

Sí, que los frutos sean mejores que la promesa de las flores. Y éstas han sido y son hoy espléndidas. No lo digo para disminuir los méritos de los académicos peruanos, pasados y presentes. No. Lo digo con todo realismo porque la vida es así. Todo lo que en la historia va importante es dúplice. Es la culminación del tesoro heredado y, a su vez, es promesa de superación en el futuro. Es como el Jano bifronte.

En el magnífico discurso de don Luis Jaime Cisneros puso

él de manifiesto lo aciago de los días en los que nos ha tocado vivir. Las injusticias que siempre ha habido en la historia de la humanidad claman al cielo en nuestros días. Y ello en el mundo entero. No soy un "laudator temporis acti". Uno de aquellos que constantemente repiten lo de "cualquier tiempo pasado fue mejor". No. Pero en estos nuestros días críticos, nuestras academias tienen mucho que hacer y que decir. Nuestro Alfonso Reyes insistía en que "la mejor manera de servir a México es haciendo cada cual lo suyo, en plenitud de entrega y al máximo de sus capacidades". Si cambiamos el nombre de mi México por el de nuestra América española, la frase conserva todo su valor.

Dije también que vine con las manos vacías, pues ellas no han traído cosa que valga para el enriquecimiento de estos coloquios.

En cambio me voy enriquecido por todo lo sensato y sabio que he escuchado en estos conversatorios. Me voy, además, enriquecido por la amistad de todos ustedes. Amistad de los peruanos, empezando por usted, señor Director. Y los lazos fraternales de México con Perú llevan años. No olvidamos en mi país a Fray Melchor de Talamantes, precursor de nuestra independencia; el verdadero ideólogo que deja sentadas las bases jurídicas para ella. No olvidamos a Corpancho que nos dio la mano en años difíciles, críticos.

Y gracias a la Academia peruana, la amistad con los académicos de otros países; amistad en ese espíritu de americanería andante en frase de Alfonso Reyes.

De Argentina, don Luis Calvetti. Argentina con la que tiene también México tantos nexos. Pienso sólo en la amistad Borges-Reyes. Amistad que a la muerte del mexicano se manifiesta en estas extraordinarias líneas del argentino:

"El ciego azar a las secretas leyes
que rigen este sueño, el universo,
me permitieron compartir un terso
trecho del mismo con Alfonso Reyes.

Dominaba, lo he visto, cual ninguno,
el arte que no logró el ansiado Ulises
que es pasar de un país a otros países
y estar íntegramente en cada uno"

De Ecuador, don Jaime Dousdebés Carbajal. Un colega suyo del XIX, en la Academia Ecuatoriana, fue quien sacó del limbo poético -más bien del purgatorio- en que la habían condenado mis compatriotas a Sor Juana Inés de la Cruz. Se llamaba Juan León Mera.

De la chilena, don Oreste Plath, a quien rindo homenaje "in absentia". Chile nos manda a México a Gabriela Mistral, Gabriela quien tanto hizo por la educación en mi país, auxiliando a José Vasconcelos. En México conocí a Pablo Neruda. Años después fue mi colega en París, en la UNESCO.

Si lamentamos la ausencia de la Academia Venezolana, con todo, la patria de Bolívar ha estado dignamente representada en la persona de su Agregado Cultural en Lima don Juan Angel Moggollón, Delegado observador a este Coloquio.

A qué seguir. Sólo quiero decir a nombre de los colegas y amigos que acabo de nombrar y en el mío propio - por descontado doy que están de acuerdo conmigo- : señora y señores académicos de la peruana, gracias, gracias de corazón.

Que para el segundo centenario de la Academia y para los muchos otros que vengan estemos los aquí presentes juntos, unidos ahí donde el amor de Dios haya sido generoso en llevarnos.

Muchas gracias.